

## LOS VOTOS

(H. Amelia Robles)

### **Encuentro internacional de jóvenes perpetuas, 2004**

Esta mañana quisiera hablar de los votos y aunque solo sean unas pinceladas, de la ORACIÓN, de la ORACIÓN DOMINICANA, si es que tiene algún matiz especial –que yo creo que los tiene-.

Como dije ayer al enumerar los cuatro “pilares o elementos fundamentales del carisma dominicano, aunque normalmente no enumeremos los votos, hablando de la consagración no podemos pasarlos por alto. Mejor dicho, de largo, pues un poco por alto me veo obligada a tratarlos al disponer solo de este rato para hablar de ellos.

Diré algunas cosas que me parecen fundamentales en el enfoque de los mismos siguiendo, principalmente a Fr. J.M.R. Tillard, O.P. y os daré después algunos textos para que podáis ampliar, con su lectura, lo poco que digamos aquí<sup>1</sup>

Lo primero de todo, recordar que “hacemos voto de pobreza, castidad y obediencia para hacer voto de nosotras mismas”. Los tres votos son menos un fin en sí que un “sacramentum”, es decir: a la vez un símbolo y un instrumento del don de la persona –en este caso, la nuestra- en todo lo que la constituye y en todos sus dinamismos. Volveremos sobre esto.

El P. Tillard desarrolló en dos charlas, en los años setenta, en una Asamblea de la UISG, el tema “**¿Cómo vivir los votos hoy?**” objeto del capítulo 1 del libro ya citado. “Unidad de la vida apostólica”, que apareció después, y que tendréis oportunidad de tener en vuestras manos.

Y, sigo al P. Tillard, porque confieso que, de todo lo que he ido leyendo sobre los votos, es lo que más me satisface. Otras cosas buenas he leído sobre los mismos que completan y enriquecen lo que dice Tillard.

---

<sup>1</sup> En el mundo sin ser del mundo”, J.M. Reginaldo Tillard, O.P., Ed. Sal Terrae, pp. 9-27 V.C. nn. 20-21 87-91.

Pero como reflexión general es la que más me gusta y me parece más completa.

En aquellos años setenta, desde la UISG y desde instancias nacionales de vida Religiosa y desde las propias Congregaciones, se buscaba con avidez (con empeño y hasta con premura) una espiritualidad propia de la vida apostólica; como si la que hubiéramos estado viviendo hasta entonces hubiera sido una atrocidad –aunque en algunas cosas lo era, más que atroz, ridícula o pueril- desvinculada totalmente de la espiritualidad monástica. Recuerdo las sacudidas que de todas partes recibíamos (de afuera, pero también de dentro) dentro) las Congregaciones enraizadas en las Órdenes mendicantes de los siglos XII y XIII, cuya espiritualidad se nutre de algunas observancias monásticas. (Tuvimos que defendernos en muchas circunstancias con lo que el Espíritu nos sugería en el momento ya que no teníamos otra preparación para responder al embate más que el instinto congregacional y dominicano que nos sugería lo que debíamos sostener, y la confrontación que podíamos hacer entre nosotras. Fueron años difíciles, pero riquísimos.

Qué duda cabe que la “vida religiosa apostólica” tiene su propia espiritualidad, aunque me gusta más decir, su manera propia de vivir la espiritualidad.

La vida religiosa apostólica es vida religiosa como la de los monjes y monjas, pero lleva en su misma entraña la dimensión apostólica. Al “solo Dios” de los monjes la vida religiosa añade el “por nosotros y por nuestra salvación”, motivo por el cual se encarnó el Señor.<sup>2</sup>

Nosotras hacemos de Jesús, de Dios, el todo de nuestras vidas, el absoluto, frente al cual relativizamos todo, hasta el mismo apostolado; pero, al mismo tiempo, como el Hijo, vivimos y nos desvivimos por la salvación de nuestros hermanos, de todos los hombres.

---

<sup>2</sup> Digo “añade” porque no encuentro una palabra más feliz. Quiero con ello resaltar que nuestra vida es como la de los monjes toda y solo para Dios, pero también, como la de Jesús, toda para los hombres y para su salvación.

Para vosotras, tan jóvenes, lo que voy a decir ahora, en seguida, quizá no os suene a nada; pero creo es bueno que lo sepáis para que comprendáis mejor las afirmaciones finales, y la riqueza doctrinal en que ahora nos movemos.

El P. Tillard comienza señalando la concepción de **los votos**, o los acentos que se ponían en el cumplimiento de los mismos **antes del Concilio Vaticano II. Su sentido moralizante al servicio de la perfección de los individuos, de la santidad personal.** Registro, se apresura él a decir, que es válido, pero que no da a los votos su verdadero alcance y sentido. Hace alusión a la literatura de entonces sobre los votos, cómo los separaba y cómo los consideraba medios de ascesis personal, de perfección, de santidad, y en ello, por lo general se agotaba.

**Con el Concilio Vaticano II se corre el acento hacia la funcionalidad de los votos.** Se hacen votos no ya tanto para ser santo yo, cuanto para estar totalmente libre y disponible para servir a la causa del Reino. Cosa que también es verdad, pero que no llega a explicar totalmente el sentido de los votos; pues en uno u otro momento de su vida, la religiosa o el religioso sinceros, descubren –y es la experiencia categórica que ilumina su existencia- que a Cristo no se le sigue primordialmente ni fundamentalmente, por algo, con vistas a un objetivo por grande y noble que sea, en función de un servicio que uno se siente llamado a hacer. Ese momento, en nuestros modos actuales de proceder, coincide muy rara vez con el tiempo de la profesión, incluso solemne o perpetua, dice él. Frecuentemente suele situarse en un período de relectura de toda la vida; a veces incluso en períodos de crisis. Entonces se percibe que si la fidelidad a los votos no se apoya más que en su eficacia en orden a la santificación personal o a la actividad apostólica desbordante en servicio del Reino, carece de la profundidad evangélica que le da su sentido.

No se hace una religiosa en primer lugar para servir, ni siquiera para entrar en el Reino eterno. Todo esto pertenece a lo que Tillard llama registro moral, ético del “seguimiento de Cristo”. Registro importante, absolutamente requerido, toda vez que ese seguimiento se enmarca tras la huella de los apóstoles que fueron los primeros “servidores” del Reino y que estarán con el

Hijo del hombre cuando se siente en su trono de gloria. Sin embargo, es un registro secundario (cf. J.M.R.Tillard, O.P., En el mundo sin ser del mundo. Sal Terrae pp 11-12)

Porque se entra en religión fundamentalmente a causa de Jesucristo.

A causa de Jesucristo, como San Pablo, quema uno sus días y sus noches por el Evangelio, y va uno a poner su tienda en los tajos en los que la humanidad construye su futuro. No se trata de elegir la actividad apostólica o rechazarla. Se trata de dar a esta actividad su verdadera raíz. Lo mismo que los hijos del Zebedeo o Leví dejan su barca y sus redes, su despacho y sus cuentas, no para predicar el Evangelio –no saben todavía que habrá una Buena Noticia que anunciar- sino porque han sido como atrapados por Jesús que pasaba, el religioso hace unos votos porque ha encontrado a Cristo y Cristo se ha apoderado de él.

No se está, por lo tanto, en el orden de lo moral, aunque fuera en su estrato más sublime sino en el orden de lo teologal. La parábola del tesoro y de la perla fina en Mateo, describen bien esto. Dominado por la alegría ante el tesoro que ha encontrado al cavar el campo, aquel campesino vende todo lo que tiene. Deja espontáneamente cuanto tiene de más precioso, subyugado por su descubrimiento.

Así también, algunos hombres y mujeres a quienes alcanza la mirada de Cristo en un momento decisivo de sus vidas, sienten que es preciso dejar todo lo demás en la sombra. Los demás bienes, las demás relaciones personales sin ser negadas o menospreciadas, no adquieren entonces su densidad más que en dependencia de lo que se constituye en centro de la vida.

En toda vocación en pos de Jesús existe como explicación radical de la elección de tal o cual Congregación, de tal o cual forma de servicio evangélico a los hombres dentro de la línea de esta fundadora o de aquel fundador, el momento de un maravillarse por Cristo. Momento teologal que trasciende las motivaciones de generosidad o de ética que de él brotarán.

A la pregunta de, “**¿Cómo vivir los votos hoy?**” responde Tillard que **devolviéndoles su coloración teologal sin la cual pierden su verdad.** (Pone el ejemplo de la castidad que puede transponerse de igual manera a la pobreza y a la obediencia). Él cree que con ese ejemplo se entiende mejor cómo es imposible vivir los votos, sobre todo en una Congregación apostólica comprometida en la entraña de los esfuerzos de los hombres por transformar su mundo, sin esta **atención al momento contemplativo en el que se originan.** Ese momento contemplativo debe ser respetado y mantenido, so pena de dejar que la vida se deshilache o de que veamos a los religiosos más ardientes y más generosos deslizarse poco a poco hacia un seguimiento de ideologías extrañas al Evangelio.

Es una necesidad absoluta mantener como trasfondo de la vida y de la acción misma la atención a Dios –el corazón en Dios- el entusiasmo (realista, maduro, nada adolescente) por Jesús que coincidieron con la llamada del Señor. Sin esto, pronto podemos llegar a permanecer en los votos pero no vivir de su aliento.

Ese momento contemplativo es más un momento de fe que de piedad. En su base fundamental los votos son procesos de fe.

De cara a Dios y a Cristo que me ha llamado, estoy solo en el Sí de mis votos. Seré juzgado por mi fidelidad, no por la de mis hermanos. Sin embargo, -hoy sobre todo- yo no puedo vivir la verdad de mis votos, con plena encarnación en los problemas humanos, si no soy llevado (sostenido) por la comunión fraterna. Y al escribir esto no piensa únicamente –dice- en el clima de amistad, de apoyo psicológico, de acogida, de solidaridad apostólica que constituyen el ámbito de una vida religiosa desarrollada y serena. Me refiero sobre todo a la solidaridad de la fe.

La verdadera fraternidad religiosa es aquella en la que las personas se repiten mutuamente la fe; única que da cuenta de la llamada de cada uno y de todos.

Sin este arraigo en la fe, cada vez habrá menos posibilidades de vivir los votos en los nuevos tipos de inserción apostólica.

Decía muy convencido que en lo que en los años ochenta llamábamos la vuelta a lo espiritual, enfocada a renovar nuestra fidelidad, nos habíamos quedado todavía a nivel de piedad, de liturgias, de fenómenos carismáticos, de asambleas de oración, de recursos de fervor. Que no habíamos llegado a la roca de la fe Y ésta es la que entonces –y quizá hoy- está en entredicho, ¡la que se desmorona! Es la que da a los votos su razón de ser.

La fe de que se trata no es una fe de tratados o de manuales. Es una fe que se dice y se traduce en un compromiso en pos de Cristo, donde el hombre queda comprometido en la raíz misma de su “deseo”: sexualidad, posesión, poder.

Vivir los votos de una manera auténtica, hoy día, no es posible más que si nos aplicamos a reforzar su calidad teológica. Pero esto no basta. Hay que darles su verdadera dimensión.

Y volvemos sobre lo que dijimos al principio, que hacemos votos para hacer voto de la persona. El religioso no hace a Dios, simplemente, la ofrenda de sus capacidades de amor, de su deseo de poseer, de su apetito de poder, en una especie de negación de sí mismo. Eso es lo que ofrece dentro de la finalidad de entregarse por entero, sin reservas, al Dios y Padre de Jesucristo, para que asidas por Cristo pasen a su Pascua y se pongan todas al servicio del Reino.

Al hacer la ofrenda de mis capacidades de amar, de mi instinto de posesión, de mi deseo de poder, con todo lo que implican de dinamismo creador, de participación mía en la energía divina, yo las he ofrecido con todo su horizonte, en su expresión total, tomándolas en las fronteras en que mi responsabilidad de hombre se encuentra comprometida. Lejos de ser una dimisión de mi responsabilidad de hombre o una restricción de su campo, el seguimiento de Cristo representa un poner todo lo que soy, y lo que puedo, en las manos de Cristo, con la certeza de que él lo convertirá en servicio del Reino, y, con ello, en determinada medida, en ayuda a la promoción de la humanidad dentro de la línea del verdadero bien del hombre.

Viviremos los votos hoy, en primer lugar, devolviéndoles su auténtico color teologal y situándolos en la extensión del campo de los dinamismos humanos que en ellos van implicados. Porque pobreza, castidad y obediencia tienen la profundidad de alcance de las tres poderosas fuerzas constructoras del hombre y del mundo.

Termino comentando dos párrafos del mismo P. Tillard en su libro “Vida Religiosa Vida Carismática”, pp. 59-60, que resumen hermosamente lo que llevamos diciendo:

“A imitación de los Apóstoles que fascinados por Jesús a la orilla del lago donde les dirige una palabra que les impacta en lo más profundo de sí mismos, lo dejan todo por causa de Él, o de Pablo que “alcanzado por Cristo” en el camino d Damasco, renuncia a sus privilegios y a su pasado por causa del mismo Cristo, el religioso, merced al llamamiento de Cristo –inscrito en la raíz misma de los grandes dinamismos que le van estructurando y con los que él va construyendo su mundo- pone la confesión de Jesucristo como única razón de ser de su vida ... **Se han de concebir los votos como una confesión de fe** que se hace con el corazón, con la carne, con el espíritu más que con las palabras. **Son un prosternamiento de todo el ser** -alcanzado en sus raíces más fundamentales, como son las pulsiones del apetito sexual, de la posesión, del poder- ante Aquel a quien un hombre o una mujer vienen a reconocer como Señor de su existencia”.

“Muy antes de ser renuncia, mortificación, ascesis, muerte a sí mismo, sacrificio, abandono de la propia voluntad, **los votos son adoración**. Muy antes de ser medios de liberación de la persona para un mejor servicio a la Iglesia, **son un acto teologal**. Muy antes de ser generosidad del cristiano decidido a sudar sangre y agua en su trabajo por la construcción del Reino, **son un himno al Señor** de ese Reino ... En una palabra, **el seguimiento de Cristo** que pone al hombre al servicio del Reino en lo que éste implica de mayor exigencia y más concreto es **primordialmente doxológico** ...Esta respuesta doxológica y englobante, da a la acción toda su auténtica magnitud. El compromiso apostólico, el trabajo del religioso por el Evangelio se halla implícito en la decisión que toma frente al placer, a la posesión, al poder. El

mimo señorío de Cristo explica, por sí solo, y a la vez, el dejarlo todo y dar a la acción, desde ese momento, una finalidad dentro de la lógica del atractivo absoluto ejercido por Aquel a quien se pretende seguir.

La acción se proyectará, inmediatamente, no hacia la pura y simple satisfacción del “deseo” en sus tres raíces –sexualidad, posesividad, apetito de poder- en provecho de las justas aspiraciones del religioso, sino hacia su entrega al servicio del Reino. (Tillard, Vida Religiosa Vida Carismática, pp. 59-60).

**De la carta del M.G. de la O. Timothy Radcliffe, “Entregados a la misión”** de abril de 1994, entre otras cosas destacó:

- La referencia a la doctrina de Santo Tomás. Los votos se ordenan a la “caritas”, es decir, al amor que es la misma vida de Dios. Los votos solo servirán a la persona si la ayudan a crecer en el amor a fin de que ésta pueda hablar con credibilidad del amor de Dios.
- Y su comparación con la Eucaristía. Jesús en la última cena acepta la voluntad del Padre hasta las últimas consecuencias y en un acto de suprema libertad entrega su vida (obediencia). En un gesto de despojo total (pobreza) y de donación total (castidad) se nos entrega. Nos da su cuerpo y su sangre y se queda con nosotros para siempre. ¿Qué mayor despojo que dársenos todo entero? Y ¿qué mayor amor que quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos? Nosotras, dice Timothy, cuando hacemos la profesión y ponemos nuestra vida en manos de la priora general, hacemos un gesto eucarístico de loca libertad.

Del Documento “Vita Consecrata” de Juan Pablo II del 25 de marzo de 1996

Me gusta cómo presenta los votos. Respuesta profética –dice- a tres desafíos o provocaciones principales (cultura hedonística, materialismo ávido de poseer y concepciones de la libertad humana que prescinden



de la relación constitutiva de ésta con la verdad y con norma moral), dirigidos a la Iglesia misma.

Desafíos de siempre que, en algunas partes del mundo, la sociedad contemporánea lanza con formas nuevas y tal vez más radicales.

La vida consagrada aun afirmando el valor de los bienes creados, los relativiza, presentando a Dios como el bien absoluto.

La vida consagrada, especialmente en los momentos de dificultad, es una bendición para la vida humana y para la misma vida eclesial.